

La poética del “Territorio neutral” en Hawthorne — Versiones¹

En “La Aduana”, prefacio a La Letra escarlata (1851)

No era meramente durante las tres horas y media que el Tío Sam exigía diariamente que este miserable entumecimiento tomaba posesión de mí². Continuaba conmigo en mis caminatas por la playa y en mis excursiones por el campo, toda vez que —lo cual ocurría raramente y lo hacía con renuencia —me incitaba a mí mismo a buscar ese encanto vigorizante de la Naturaleza que solía darme tal frescura y actividad mental al momento mismo de cruzar el umbral de la Vieja Rectoría. Ese mismo sopor en mi capacidad para el esfuerzo intelectual me acompañaba a casa y pesaba sobre mí en la habitación que muy absurdamente llamaba mi estudio. Ni me abandonada cuando, tarde a la noche, me sentaba en el salón desierto, iluminado sólo por el resplandeciente fuego de la chimenea y la luna, y luchaba por figurarme escenas imaginarias que, al día siguiente, podrían desbordarse sobre una brillante página en una descripción de múltiples matices.

Si la facultad imaginativa se rehúsa a actuar en tal momento bien podría considerarse un caso sin esperanzas. La luz de la luna, en una habitación familiar, derramándose tan blanca sobre la alfombra y mostrando todas sus figuras tan distintivamente —haciendo cada objeto tan minuciosamente visible, y sin embargo tan diferente de lo que se ve a la luz de la mañana o del mediodía— es el medio más adecuado para que un escritor de romances se familiarice con sus engañosos huéspedes. Allí está la pequeña escena doméstica del bien conocido salón, las sillas, cada una con su propia individualidad; la mesa central, sosteniendo la canasta de labores, un volumen o dos, y una lámpara apagada; el sofá, la biblioteca; el cuadro en la pared —todos estos detalles, tan claramente vistos, están tan espiritualizados por la inusual luz, que parecen perder su sustancia real, y transformarse en objetos del intelecto. Nada es demasiado pequeño o demasiado superfluo para no sufrir ese cambio y adquirir por tanto esa dignidad. El zapato de un niño, la muñeca, sentada en su pequeño coche de mimbre, el caballo de madera; cualquier cosa, en una palabra, que ha sido usada o con la que se ha jugado durante el día está ahora investida de una cualidad de extrañeza y lejanía, aunque aún está casi tan vívidamente presente como bajo la luz del día. Así, entonces, el piso de nuestra habitación familiar se ha transformado en un territorio neutral, algún lugar entre el mundo real y el país de las hadas, donde lo Real y lo Imaginario pueden encontrarse e imbuirse mutuamente con la naturaleza del otro. Podrían entrar fantasmas aquí sin que nos atemoricen. Sería demasiado adecuado a la escena para sorprendernos, si miráramos a nuestro alrededor y descubriéramos una forma amada, pero hace tiempo muerta, tranquilamente sentada ahora bajo un haz de esta mágica luz lunar, con un aspecto que nos haría dudar si ha vuelto de muy lejos, o si nunca se ha movido ni una vez de nuestro hogar.

El fuego algo oscuro del carbón tiene una influencia esencial al producir el efecto que quisiera describir. Arroja su discreto tinte sobre la habitación, de un rojizo lánguido sobre las paredes y el cielo raso, y un destello reflejado en el pulido de los muebles. Esta luz más cálida se mezcla con la fría espiritualidad de los rayos lunares, y comunica, por decirlo de alguna manera, corazón y sensibilidades de ternura humana a las formas que la fantasía sugiere. Las convierte de imágenes de nieve en hombres y mujeres. Mirando de reojo al espejo contemplamos —en lo profundo de su borde encantado— el resplandor sin llama de la antracita casi extinguida, los blancos rayos de luna sobre el piso, y una repetición de toda la luz y la sombra del cuadro, con un desplazamiento mayor con respecto a lo real y más cerca de lo imaginativo. Entonces, en ese momento, y con esa escena ante él, si un hombre, sentado completamente solo, no puede soñar cosas extrañas y hacerlas lucir como verdad, no necesita tratar nunca de escribir romances.

¹ Selección y traducción de Gabriel Matelo, excepto “La mente asediada”, traducción de Flavia Pitella.

² El narrador autobiográfico Hawthorne de “La Aduana” está explicando aquí los efectos devastadores que el trabajo, no sólo en la aduana de Salem, sino cualquier trabajo que no fuera literario, producía sobre su capacidad productiva.

En “La vieja Rectoría” prefacio del libro de cuentos “Musgos de una Vieja Rectoría” (1844)

(...) Las sombras claras, que se tendían medio dormidas entre la puerta de la casa y la carretera pública, eran una especie de ámbito espiritual, visto a través del cual, el edificio no tenía realmente el aspecto de pertenecer al mundo material. Ciertamente tenía poco en común con esas moradas comunes que se encuentran tan cerca del camino que cada transeúnte puede meter su cabeza, por así decirlo, en el círculo doméstico. Desde estas calladas ventanas, las figuras de viajeros de paso parecían demasiado remotas y oscuras para perturbar la sensación de privacidad. En su reclusión cercana, y accesible aislamiento, era el lugar adecuado de residencia de un clérigo; un hombre no alejado de la vida humana, aunque envuelto, en medio de ella, de un velo tejido de oscuridad y brillo entremezclados. (...)

“La Mente asediada” sketch de “Historia Dos Veces Contadas” (1837)

¡Qué singular es ese primer momento en el que apenas has comenzado a despertar, luego de arrancarte de un sueño de medianoche! Al abrir los ojos tan repentinamente, parece haber sorprendido a los personajes de tu sueño en plena asamblea alrededor del lecho, y echarles un amplio vistazo antes que revoloteen hacia la oscuridad. O bien, para cambiar la metáfora, te encuentras por un sólo instante completamente despierto en ese reino de ilusiones hacia el cual el sueño ha sido el pasaporte, y contemplas sus habitantes fantasmales y su paisaje maravilloso, con una percepción de su extrañeza tal y como no alcanzas a tener cuando el sueño transcurre sin sobresaltos. El sonido distante de un reloj de iglesia es transportado levemente por el viento. Discutes contigo mismo, casi en serio, si se ha deslizado en tu oído en transición de despertar desde alguna torre gris que se quedó en los recintos interiores de tu sueño. Mientras todavía estás en suspenso, otro reloj lanza su pesado estruendo sobre la aletargada ciudad con un sonido tan claro y pleno, y con un rumor tan prolongado en el aire vecino, que podrías estar seguro de que procede del campanario de la esquina más cercana. Cuentas los tañidos –uno–dos– y allí se detienen con un sonido atronador, como si el tercer toque se agolpara dentro de la campana.

Si pudieras elegir una hora de vigilia de entre todas las de la noche, sería ésta. Desde la hora decente para irse a dormir, las once, has descansado lo suficiente como para librarte de la presión de la fatiga de ayer; mientras que por delante, hasta que el sol llegue desde la ‘lejana Catay’ a brillar por la ventana, hay casi el lapso de una noche de verano; una hora para dedicarle al pensamiento, con el ojo de la mente a medio cerrar, dos de sueños placenteros, y dos en el más extraño de los deleites: el olvido tanto de las alegrías como de las penas. El momento del amanecer pertenece a otro período de tiempo, y parece tan distante que el zambullirse fuera de un lecho cálido al aire helado no puede anticiparse, todavía, con desaliento. El día de ayer ya se ha desvanecido entre las sombras del pasado, mañana no ha emergido aún del futuro. Has hallado un espacio intermedio donde los asuntos de la vida no se inmiscuyen; donde el momento fugaz se demora, y se convierte realmente en presente; un punto en el que el Padre Tiempo, al creer que nadie lo está observando, se sienta al costado del camino para tomar un respiro. ¡Oh, si se pudiera quedar dormido, y dejar que los mortales sigan viviendo sin envejecer!

Hasta ahora te has mantenido perfectamente quieto, puesto que el más leve movimiento disiparía los fragmentos de tu letargo. Ahora, estando irremediamente despierto, espías a través de las cortinas de la ventana y observas que los vidrios están adornados con fantásticos artificios trabajados en escarcha, y que cada cristal representa algo así como un sueño congelado. Habrá tiempo suficiente para trazar analogías, mientras esperas el llamado a desayunar. Visto a través de la parte despejada del vidrio, donde no ascienden los plateados picos de montaña de la escarchada escena, el objeto más conspicuo es el campanario, cuya aguja nos guía hacia el brillo invernal del firmamento. Casi puedes distinguir los números del reloj que acaba de dar la hora. Semejante cielo helado, y los techos cubiertos de nieve, y el panorama extendido de las calles congeladas, todo blanco, y el agua distante endurecida como piedra, podría hacerte estremecer, aún cuando te

encontraras bajo cuatro frazadas y una colcha de lana. Sin embargo, ¡mira esa única gloriosa estrella! Sus rayos se distinguen entre todos los demás, y de hecho arroja la sombra de la ventana sobre el lecho con un resplandor de matiz más profundo que el de la luna, aunque sin contornos tan precisos.

Te hundes y embozas la cabeza entre las ropas, temblando todo el tiempo aunque menos por un escalofrío corporal que por la simple idea de una atmósfera polar. Hace demasiado frío para atreverse a salir; incluso los pensamientos. Especulas con el lujo de pasar toda la vida en la cama, como una ostra en su concha, contento con el perezoso éxtasis de la inacción, y soñolientemente inconsciente de todo excepto la deliciosa tibieza, como la que sientes ahora una vez más. ¡Ah! esta imagen ha traído consigo una idea espantosa. Piensas en cómo los muertos yacen en sus mortajas y angostos ataúdes, a través del lóbrego invierno de la tumba, y no puedes persuadir a la fantasía de que los muertos no se crispan ni tiritan cuando la nieve cae sobre sus pequeños montículos, y la áspera ráfaga aúlla contra la puerta de la tumba. Ese sombrío pensamiento congregará a una sombría multitud, y proyectará su semblante sobre las horas en que estás despierto.

En las profundidades de cada corazón hay una tumba y una cárcel, aunque las luces, la música, la juerga por encima de ellas puedan hacernos olvidar tanto su existencia como los sepultos o los prisioneros que ocultan. Pero a veces, y más a menudo a medianoche, esos oscuros receptáculos se abren de par en par. En una hora como ésta, cuando la mente adquiere una sensibilidad pasiva, pero ninguna fuerza activa; cuando la imaginación es un espejo que le imparte intensidad a todas las ideas, sin el poder de seleccionarlas o controlarlas; entonces, ruegas que los pesares se adormezcan y que la hermandad del remordimiento no rompa sus cadenas. ¡Es demasiado tarde! Un cortejo fúnebre se viene deslizando junto a tu cama, en el cual la Pasión y el Sentimiento adquieren forma humana, y las cosas de la mente se vuelven espectros poco claros para el ojo. Allí está tu Pena más temprana, una joven pálida y enlutada luciendo un parecido fraterno con el primer amor, tristemente bella, con una dulzura consagrada en sus rasgos melancólicos y gracia en el vaivén de su negra túnica. Junto a ella aparece una sombra de arruinado encanto, polvo entre sus dorados cabellos, y sus radiantes vestidos descoloridos y desfigurados, ocultándose a tu vista, cabizbaja, como temerosa del reproche: ella fue tu más tierna Esperanza, aunque resultó engañosa, por lo cual la puedes llamar Decepción ahora. Un perfil más severo le sucede, con la frente cubierta de arrugas, mirada y gesto de férrea autoridad; no hay nombre para él a menos que sea el de Fatalidad, un emblema de la maligna influencia que rige la fortuna, un demonio al que te sometiste debido a algún error en el comienzo de tu vida y al que estás atado como esclavo eternamente por haberle obedecido sólo una vez. ¡Mira! ¡Esos contornos diabólicos esculpidos en la oscuridad, los torcidos labios del desprecio, la burla de ese ojo viviente, el dedo acusador tocando la parte llagada de tu corazón! ¿Recuerdas algún acto de enorme locura por el cual te sonrojarías aún estando en la caverna más remota sobre la faz de la tierra? Entonces, observa tu Vergüenza.

¡Pasen, miserable banda! Suerte para el despierto si no lo rodea, tumultuosamente miserable, una tribu más feroz, los demonios de un corazón culpable que retiene su infierno dentro de sí. ¿Qué sucedería si el Remordimiento tomara la forma de un amigo herido? ¿Qué, si el demonio apareciera ataviado en ropas de mujer, con pálida belleza entre el pecado y la desolación, y se recostara a tu lado? ¿Qué, si se parara al pie de tu cama, con aspecto de cadáver y una mancha de sangre en su mortaja? Sin necesitar de esa culpa, suficiente es la pesadilla del alma: este pesado, pesado hundirse de los espíritus; esta melancolía invernal del corazón; este horror confuso de la mente, mezclándose con la oscuridad de la habitación.

Con esfuerzo desesperado, comienzas a despertarte, interrumpiendo una especie de sueño consciente, y mirando salvajemente alrededor de tu cama, como si los demonios estuvieran en cualquier parte excepto en tu mente asediada. En ese mismo momento, las brasas adormecidas del hogar arrojan un resplandor que ilumina pálidamente la habitación toda y oscila a través de la puerta del dormitorio aunque sin llegar a disipar la oscuridad. Tus ojos buscan cualquier cosa que te recuerde el mundo de los vivos. Con ansiosa minuciosidad, tomas nota de la mesa cerca del hogar, el libro con un cuchillo de marfil entre sus páginas, una carta desdoblada, el sombrero, y un guante

caído. Pronto la llama se desvanece, y con ella desaparece la escena completa, aunque su imagen permanece un instante en el ojo de tu mente cuando ya la oscuridad se ha tragado la realidad. En todo el cuarto existe la misma oscuridad que antes, pero no la misma melancolía en tu pecho. En tanto tu cabeza vuelve a posarse en la almohada, piensas —sea dicho en voz baja— cuán placentero sería en estas soledades nocturnas el alzarse y descender de una respiración más suave que la tuya, la leve presión de un pecho más tierno, el palpitar calmo de un corazón más puro, que imparta paz a tu inquieto corazón, como si la amada que duerme a tu lado te estuviera envolviendo en su sueño.

Su influencia te posee, aunque no tenga más existencia que en esa imagen momentánea. Te hundes en un sitio florido en los límites entre el sueño y la vigilia, mientras que tus pensamientos se elevan ante ti como cuadros, todos desconectados, y sin embargo todos impregnados de regocijo y belleza penetrantes. Al paso de esos espléndidos escuadrones que brillan al sol, le sucede la alegría de los niños a las puertas de la escuela, bajo la sombra clara de viejos árboles en la esquina de un rústico sendero. Te encuentras parado bajo la soleada lluvia de un chaparrón de verano y caminas entre los soleados árboles de un bosque otoñal y elevas la vista al más brillante de los arcos iris, arqueándose sobre la ininterrumpida lámina de nieve del lado estadounidense del Niágara. Tu mente forcejea agradablemente entre el fulgor danzante del hogar de un joven y su reciente esposa, y el vuelo gorjeante de los pájaros en primavera, alrededor de su nido recién hecho. Sientes el alegre cabeceo de un barco ante la brisa; y miras los armoniosos pies de rozagantes niñas, mientras trenzan su última y más alegre danza en un espléndido salón de baile; y te encuentras en el círculo brillante de un teatro colmado, mientras cae el telón sobre una escena ágil y ligera.

Con un sobresalto involuntario, te aferras a tu conciencia, y compruebas que estás medio despierto al hacer un dudoso paralelo entre la vida humana y la hora que ha transcurrido. En ambas, emerges de un misterio, atraviesas vicisitudes que sólo puedes controlar de manera imperfecta, y se te lleva a otro misterio. Ahora llega el repique de un reloj distante, con tañidos más y más débiles a medida que te zambulles en el territorio salvaje del sueño. Es el tañer de una muerte temporaria. Tu espíritu ha partido, y se pasea como ciudadano libre entre personas de un mundo en sombras, contemplando paisajes extraños, aunque sin admiración o desánimo. ¡Tan calma, tal vez, será la transformación final; tan sosegada, como si estuviera entre cosas familiares, será la entrada del alma a su hogar eterno!

From "The Custom House" (1851)

It was not merely during the three hours and a half which Uncle Sam claimed as his share of my daily life that this wretched numbness held possession of me. It went with me on my sea-shore walks and rambles into the country, whenever -- which was seldom and reluctantly -- I bestirred myself to seek that invigorating charm of Nature which used to give me such freshness and activity of thought, the moment that I stepped across the threshold of the Old Manse. The same torpor, as regarded the capacity for intellectual effort, accompanied me home, and weighed upon me in the chamber which I most absurdly termed my study. Nor did it quit me when, late at night, I sat in the deserted parlour, lighted only by the glimmering coal-fire and the moon, striving to picture forth imaginary scenes, which, the next day, might flow out on the brightening page in many-hued description.

If the imaginative faculty refused to act at such an hour, it might well be deemed a hopeless case. Moonlight, in a familiar room, falling so white upon the carpet, and showing all its figures so distinctly -- making every object so minutely visible, yet so unlike a morning or noontide visibility - - is a medium the most suitable for a romance-writer to get acquainted with his illusive guests. There is the little domestic scenery of the well-known apartment; the chairs, with each its separate individuality; the centre-table, sustaining a work-basket, a volume or two, and an extinguished lamp; the sofa; the book-case; the picture on the wall -- all these details, so completely seen, are so spiritualised by the unusual light, that they seem to lose their actual substance, and become things of intellect. Nothing is too small or too trifling to undergo this change, and acquire dignity thereby. A child's shoe; the doll, seated in her little wicker carriage; the hobby-horse -- whatever, in a word, has been used or played with during the day is now invested with a quality of strangeness and remoteness, though still almost as vividly present as by daylight. Thus, therefore, the floor of our familiar room has become a neutral territory, somewhere between the real world and fairy-land, where the Actual and the Imaginary may meet, and each imbue itself with the nature of the other. Ghosts might enter here without affrighting us. It would be too much in keeping with the scene to excite surprise, were we to look about us and discover a form, beloved, but gone hence, now sitting quietly in a streak of this magic moonshine, with an aspect that would make us doubt whether it had returned from afar, or had never once stirred from our fireside.

The somewhat dim coal fire has an essential Influence in producing the effect which I would describe. It throws its unobtrusive tinge throughout the room, with a faint ruddiness upon the walls and ceiling, and a reflected gleam upon the polish of the furniture. This warmer light mingles itself with the cold spirituality of the moon-beams, and communicates, as it were, a heart and sensibilities of human tenderness to the forms which fancy summons tip. It converts them from snow-images into men and women. Glancing at the looking-glass, we behold -- deep within its haunted verge -- the smouldering glow of the half-extinguished anthracite, the white moon-beams on the floor, and a repetition of all the gleam and shadow of the picture, with one remove further from the actual, and nearer to the imaginative. Then, at such an hour, and with this scene before him, if a man, sitting all alone, cannot dream strange things, and make them look like truth, he need never try to write romances.

From "The Old Manse" (1844)

(...) The glimmering shadows, that lay half-asleep between the door of the house and the public highway, were a kind of spiritual medium, seen through which, the edifice had not quite the aspect of belonging to the material world. Certainly it had little in common with those ordinary abodes, which stand so imminent upon the road that every passer-by can thrust his head, as it were, into the domestic circle. From these quiet windows, the figures of passing travellers looked too remote and dim to disturb the sense of privacy. In its near retirement, and accessible seclusion, it was the very spot for the residence of a clergyman; a man not estranged from human life, yet enveloped, in the midst of it, with a veil woven of intermingled gloom and brightness. (...)

“The Haunted Mind” (1837)

WHAT a singular moment is the first one, when you have hardly begun to recollect yourself, after starting from midnight slumber! By unclosing your eyes so suddenly, you seem to have surprised the personages of your dream in full convocation round your bed, and catch one broad glance at them before they can flit into obscurity. Or, to vary the metaphor, you find yourself, for a single instant, wide awake in that realm of illusions, whither sleep has been the passport, and behold its ghostly inhabitants and wondrous scenery, with a perception of their strangeness, such as you never attain while the dream is undisturbed. The distant sound of a church clock is borne faintly on the wind. You question with yourself, half seriously, whether it has stolen to your waking ear from some gray tower, that stood within the precincts of your dream. While yet in suspense, another clock flings its heavy clang over the slumbering town, with so full and distinct a sound, and such a long murmur in the neighboring air, that you are certain it must proceed from the steeple at the nearest corner. You count the strokes--one--two--and there they cease, with a booming sound, like the gathering of a third stroke within the bell.

If you could choose an hour of wakefulness out of the whole night, it would be this. Since your sober bedtime, at eleven, you have had rest enough to take off the pressure of yesterday's fatigue; while before you, till the sun comes from 'far Cathay' to brighten your window, there is almost the space of a summer night; one hour to be spent in thought, with the mind's eye half shut, and two in pleasant dreams, and two in that strangest of enjoyments, the forgetfulness alike of joy and woe. The moment of rising belongs to another period of time, and appears so distant, that the plunge out of a warm bed into the frosty air cannot yet be anticipated with dismay. Yesterday has already vanished among the shadows of the past; to-morrow has not yet emerged from the future. You have found an intermediate space, where the business of life does not intrude; where the passing moment lingers, and becomes truly the present; a spot where Father Time, when he thinks nobody is watching him, sits down by the way side to take breath. Oh, that he would fall asleep, and let mortals live on without growing older!

Hitherto you have lain perfectly still, because the slightest motion would dissipate the fragments of your slumber. Now, being irrevocably awake, you peep through the half drawn window curtain, and observe that the glass is ornamented with fanciful devices in frost work, and that each pane presents something like a frozen dream. There will be time enough to trace out the analogy, while waiting the summons to breakfast. Seen through the clear portion of the glass, where the silvery mountain peaks of the frost scenery do not ascend, the most conspicuous object is the steeple; the white spire of which directs you to the wintry lustre of the firmament. You may almost distinguish the figures on the clock that has just told the hour. Such a frosty sky, and the snow covered roofs, and the long vista of the frozen street, all white, and the distant water hardened into rock, might make you shiver, even under four blankets and a woolen comforter. Yet look at that one glorious star! Its beams are distinguishable from all the rest, and actually cast the shadow of the casement on the bed, with a radiance of deeper hue than moonlight, though not so accurate an outline.

You sink down and muffle your head in the clothes, shivering all the while, but less from bodily chill, than the bare idea of a polar atmosphere. It is too cold even for the thoughts to venture abroad. You speculate on the luxury of wearing out a whole existence in bed, like an oyster in its shell, content with the sluggish ecstasy of inaction, and drowsily conscious of nothing but delicious warmth, such as you now feel again. Ah! that idea has brought a hideous one in its train. You think how the dead are lying in their cold shrouds and narrow coffins, through the drear winter of the grave, and cannot persuade your fancy that they neither shrink nor shiver, when the snow is drifting over their little hillocks, and the bitter blast howls against the door of the tomb. That gloomy thought will collect a gloomy multitude, and throw its complexion over your wakeful hour.

In the depths of every heart, there is a tomb and a dungeon, though the lights, the music, and revelry above may cause us to forget their existence, and the buried ones, or prisoners whom they

hide. But sometimes, and oftenest at midnight, those dark receptacles are flung wide open. In an hour like this, when the mind has a passive sensibility, but no active strength; when the imagination is a mirror, imparting vividness to all ideas, without the power of selecting or controlling them; then pray that your griefs may slumber, and the brotherhood of remorse not break their chain. It is too late! A funeral train comes gliding by your bed, in which Passion and Feeling assume bodily shape, and things of the mind become dim spectres to the eye. There is your earliest Sorrow, a pale young mourner, wearing a sister's likeness to first love, sadly beautiful, with a hallowed sweetness in her melancholy features, and grace in the flow of her sable robe. Next appears a shade of ruined loveliness, with dust among her golden hair, and her bright garments all faded and defaced, stealing from your glance with drooping head, as fearful of reproach; she was your fondest Hope, but a delusive one; so call her Disappointment now. A sterner form succeeds, with a brow of wrinkles, a look and gesture of iron authority; there is no name for him unless it be Fatality, an emblem of the evil influence that rules your fortunes; a demon to whom you subjected yourself by some error at the outset of life, and were bound his slave forever, by once obeying him. See! those fiendish lineaments graven on the darkness, the writhed lip of scorn, the mockery of that living eye, the pointed finger, touching the sore place in your heart! Do you remember any act of enormous folly, at which you would blush, even in the remotest cavern of the earth? Then recognize your Shame.

Pass, wretched band! Well for the wakeful one, if, riotously miserable, a fiercer tribe do not surround him, the devils of a guilty heart, that holds its hell within itself. What if Remorse should assume the features of an injured friend? What if the fiend should come in woman's garments, with a pale beauty amid sin and desolation, and lie down by your side? What if he should stand at your bed's foot, in the likeness of a corpse, with a bloody stain upon the shroud? Sufficient without such guilt, is this nightmare of the soul; this heavy, heavy sinking of the spirits; this wintry gloom about the heart; this indistinct horror of the mind, blending itself with the darkness of the chamber.

By a desperate effort, you start upright, breaking from a sort of conscious sleep, and gazing wildly round the bed, as if the fiends were any where but in your haunted mind. At the same moment, the slumbering embers on the hearth send forth a gleam which palely illuminates the whole outer room, and flickers through the door of the bed-chamber, but cannot quite dispel its obscurity. Your eye searches for whatever may remind you of the living world. With eager minuteness, you take note of the table near the fire-place, the book with an ivory knife between its leaves, the unfolded letter, the hat and the fallen glove. Soon the flame vanishes, and with it the whole scene is gone, though its image remains an instant in your mind's eye, when darkness has swallowed the reality. Throughout the chamber, there is the same obscurity as before, but not the same gloom within your breast. As your head falls back upon the pillow, you think--in a whisper be it spoken--how pleasant in these night solitudes, would be the rise and fall of a softer breathing than your own, the slight pressure of a tenderer bosom, the quiet throb of a purer heart, imparting its peacefulness to your troubled one, as if the fond sleeper were involving you in her dream.

Her influence is over you, though she have no existence but in that momentary image. You sink down in a flowery spot, on the borders of sleep and wakefulness, while your thoughts rise before you in pictures, all disconnected, yet all assimilated by a pervading gladness and beauty. The wheeling of gorgeous squadrons, that glitter in the sun, is succeeded by the merriment of children round the door of a school-house, beneath the glimmering shadow of old trees, at the corner of a rustic lane. You stand in the sunny rain of a summer shower, and wander among the sunny trees of an autumnal wood, and look upward at the brightest of all rainbows, over-arching the unbroken sheet of snow, on the American side of Niagara. Your mind struggles pleasantly between the dancing radiance round the hearth of a young man and his recent bride, and the twittering flight of birds in spring, about their new-made nest. You feel the merry bounding of a ship before the breeze; and watch the tuneful feet of rosy girls, as they twine their last and merriest dance, in a splendid ball room; and find yourself in the brilliant circle of a crowded theatre, as the curtain falls over a light and airy scene.

With an involuntary start, you seize hold on consciousness, and prove yourself but half awake, by running a doubtful parallel between human life and the hour which has now elapsed. In both you emerge from mystery, pass through a vicissitude that you can but imperfectly control, and are borne onward to another mystery. Now comes the peal of the distant clock, with fainter and fainter strokes as you plunge farther into the wilderness of sleep. It is the knell of a temporary death. Your spirit has departed, and strays like a free citizen, among the people of a shadowy world, beholding strange sights, yet without wonder or dismay. So calm, perhaps, will be the final change; so undisturbed, as if among familiar things, the entrance of the soul to its Eternal home!